

31/8 65/4

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

MADRID 1 DE ABRIL DE 1934

NÚMERO 13



JERUSALEN

PASCUAS DE RESURRECCION

La fiesta de la vida verdadera

Estamos en primavera. La Naturaleza muerta, al parecer, en invierno, da señales de nueva vida. Brotan las plantas, vístense las flores de fragantes colores, retoñan los árboles, entonan sus alegres canciones los pajaritos; desde el sol espléndido hasta la hierbecita más pequeña, todo respira alegría y bienestar. Nosotros los hombres par-

ticipamos gozosos de esta reaparición de la vida. Nuestra alma se llena de dicha y encanto, nuestros rostros se tornan alegres y risueños al contemplar la entrada triunfal de la vida en la Naturaleza, y olvidamos nuestras penas, nuestros pesares.

¿Por qué la primavera logra con su poder maravilloso despertar en nuestros co-

razones tanta felicidad, tanto gozo? ¡Ah!, es que amamos la vida en todos sus aspectos y aborrecemos la muerte, cualquiera que sea la forma en que se presenta. Sí; nos gusta vivir, usar las energías que Dios nos ha dado, trabajar, jugar, cantar, reír, charlar, correr y saltar, y, por otro lado, si no lo podemos hacer, estando, por ejemplo, enfermos, estamos tristes, desganados y disgustados. Tememos la muerte, que pone fin a todas estas manifestaciones de una vida alegre y pujante. Como las plantas se resisten con sus raíces al ser arrancadas del suelo, que les da vida; como los animales se defienden con todas sus fuerzas para no morir, así también nosotros nos oponemos tenazmente a cualquier merma de las actividades de nuestra vida. La voluntad de vida y el horror a la muerte es algo tan común a todo ser viviente, que el mismo Cristo, que en toda su vida había cumplido la voluntad de Dios sin titubear, al conocer que era la voluntad de Dios que él muriera, le rogó con una insistencia conmovedora que le perdonara el amargo camino de la pasión y de la muerte. Todo ser viviente ama la vida y teme la muerte, y así se explica que al ver en la primavera como un triunfo de la vida sobre la muerte, estamos tan satisfechos y alegres, viendo que la vida es más fuerte que la muerte, lo mismo que nos alegramos cuando en un partido de fútbol gana, tras dura lucha, el equipo que tiene nuestras simpatías y en el cual hemos puesto todas nuestras esperanzas.

* * *

Pero, desgraciadamente, nuestra vida humana no es una fiel imagen de la vida tal como viene desarrollándose año por año en la Naturaleza, que, después de un corto período de muerte invernal, vuelve a resurgir pujante y vigorosa en la primavera. Sabemos que a la juventud sigue la vejez, y a ésta la muerte, que pone fin para siempre a nuestra vida, sin que nosotros sea-

mos capaces de recobrar nueva vida, como las plantas, árboles y flores en la primavera. Sabemos, además, que, aun estando en plena vida, muchos dolores, penas y sinsabores dan muerte a nuestra alegría y felicidad; que muchos de nuestros deseos quedan sin cumplir, que nos engañan nuestras esperanzas, que perecen nuestras buenas intenciones apenas nacidas. Queremos ser buenos, amables, porque sabemos muy bien que sólo con una conciencia tranquila podemos vivir alegres y contentos; pero si hacemos esfuerzos para alcanzar esta verdadera vida, muy pronto hemos de notar que no podemos, porque hay algo como un poder tenebroso en nuestro corazón enemigo de la alegría, de lo bueno, de Dios, y, por tanto, también de la vida que El nos ha dado. A este poder la Biblia le llama el pecado, y este pecado, separándonos de Dios, consigue dar muerte a toda nuestra alegría, no nos deja disfrutar alegremente de la vida que Dios nos dió, sino que pone todo lo suyo para hacer morir lo bueno que hay en nosotros. El pecado es como la escarcha, que cuando cae en la primavera acaba por destruir los tiernos brotes y capullos, señales de la nueva vida en las plantas. Esta escarcha del pecado cayó en la vida de Cristo cuando tuvo que morir por el pecado de los hombres, y cae también con mucha frecuencia sobre lo mejor que hay en nuestra vida, sumiéndonos en tristeza mortal y borrando de nuestros rostros toda señal de vida y alegría.

* * *

Nos explicamos ahora muy bien la tristeza de los discípulos de Jesús al ver que también él había sucumbido ante el poder terrible de la muerte. Había muerto aquel que había dicho: "En mí está la vida, y yo vivo y vosotros también viviréis. Todas las esperanzas que habían puesto en El, como en aquel que les daría parte de su vida verdadera, librada de las amenazas de

a muerte
prendemos
la llenar
ció el Sei
más poder
equivocado
siempre.
verdad, q
Esta pr
te de la v
a sus dis
para todo
mismo an
aparecido
muerte, u
nos ha al
con tal q
ron sus d
decido
su espíritu
fiar. No
asegurada
la eterna
también
vencer la
razones,
nueva vi
deras. E
satisface
todo nu

(C
De la
labra "E
sin prop
bién me
ber pod
vez en c
también
lo otro
las mar
mos me

la muerte, habían fracasado. Pero comprendemos también qué alegría inefable de llenar sus corazones cuando les apareció el Señor resucitado. Cristo había sido más poderoso que la muerte; no se había equivocado al prometer que él viviría para siempre. Entonces también lo otro sería verdad, que ellos también vivieran con El. Esta promesa de que ellos tomarían parte de la vida verdadera, Jesús la había dado a sus discípulos, y, por tanto, la renueva para todos que le quieran seguir con el mismo amor que aquéllos. Con Jesús ha aparecido en este mundo, dominado por la muerte, un poder más fuerte que ella; él nos ha abierto un camino a la vida eterna, con tal que creamos en él como lo hicieron sus discípulos. Viviendo con Jesús, obedeciendo a su palabra, dejándonos guiar por su espíritu, la muerte ya no nos podrá dañar. No sólo en el sentido de que tenemos asegurada, por la promesa de Jesús, la vida eterna después de la muerte, sino que también sabemos que Jesús es poderoso de vencer la muerte que reina en nuestros corazones, dándonos aún en esta tierra una nueva vida de alegría y felicidad impercederas. El puede cumplir nuestros deseos, satisfacer nuestras esperanzas, renovar del todo nuestra vida interior, expulsando la

muerte y plantando en nuestra alma la flor de su vida eterna.

A veces vemos que una semilla de un arbolito ha arraigado en un muro de piedras macizas. Las piedras son muchas y grandes, la semilla tierna y pequeña, pero las piedras están muertas, mientras que la semilla tiene vida, y así podemos observar algunas veces cómo la pequeña fuerza de vida que hay en la semilla es más fuerte que la mole de las piedras, porque separando las piedras arraiga, y a medida de que va creciendo el arbolito, las piedras tienen que cederle, y puede darse el caso de que todo el muro se desplome por la fuerza de vida que tiene el árbol.

La palabra y el espíritu de Cristo puede hacer con y en nuestros corazones lo que logra una pequeña semilla con un muro. Si nosotros dejamos entrar y arraigar en nuestros corazones a Cristo resucitado, El con su vida puede vencer el pecado y la muerte que reinan en ellos, y puede tirar a tierra todo el muro que nos separa de Dios, por muy alto y fuerte que parezca. Por esto celebramos el día, en que Jesús resucitando venció la muerte para siempre, como la fiesta de la vida verdadera que también puede ser la nuestra, si hacemos a Cristo señor de nuestros corazones.

UNA EXCURSION A CONSTANTINOPLA

(Continuación)

De la lengua turca pronto aprendí la palabra "bakshish", porque sin esto, es decir, sin propina, no se va a ninguna parte. También me serví del francés, que deseaba haber podido hablar con mayor soltura, y de vez en cuando, un poco de ruso. Claro que también había ocasiones en que ni lo uno ni lo otro me servía; pero, ¿para qué tenemos las manos? Los turcos y los griegos mismos me enseñaron la manera de usarlas;

por ejemplo: cuando uno dividía con el dedo la superficie de un franco, para demostrarme que algo costaba medio franco, o cuando un cochero, mientras que daba la vuelta para tomar la dirección, me colocaba a un lado para que no me cazara otro colega. Y aquel guarda de la mezquita también me habrá entendido cuando, al no estar conforme él con el franco que pagué de entrada, yo, en vez de pagarle otro, le quité de la mano el que le había dado y me

marché, porque en seguida vino corriendo detrás de mí contentándose con lo ofrecido. ¡Regatear! ¡Regatear! Ese es el santo y seña en el Oriente, y aun aquel a quien en su país esto parece miserable, tiene que hacerlo, porque todos los precios están calculados para el regateo. Una vez, sin embargo, este arte me falló. Había estado en la costa asiática, en Escútari, deseando volver en uno de los vapores que cruzan con frecuencia; pero los numerosos bateleros me invitaron a gritos a tomar su bote. El día estaba hermoso, cruzar el Bósforo en una lancha sería un final bonito; ofrezco dos piastras (50 céntimos). El hombre se ríe y me manda subir; pero apenas nos hemos distanciado unos cien metros de tierra, cuando recoge los remos, pone un franco sobre el banco y empieza a gritar y gesticular. Yo me hago el desentendido, él sigue remando, pero después de un rato repite la maniobra: lo que decía yo no lo comprendía, pero lo que quería, ¡demasiado! También comprendí que la distancia era mayor de lo que yo había calculado y merecía mayor remuneración; pero el oriental infiel que sonriente me había atraído a su red no debía salir victorioso. Permanecí inflexible, y al notar que gritaba en balde acabó por remar a tierra, y sólo entonces recibió la propina, además del precio acordado. El viaje sobre el mar plateado, de esta forma había sido más largo, pero también más excitante y ya había aprendido que también al regatear hay que proceder con cautela. ¡Ojos y oídos, alerta! Era la consigna para Constantinopla, pues no es nada lo que por estas dobles puertecillas quiere entrar y retener. Para reproducir los magníficos paisajes sería preciso ser pintor y saber manejar el pincel en lugar de la pluma; entonces

pintaría el Bósforo pululando de embarcaciones grandes y pequeñas, festoneado en las orillas por suntuosos edificios o el hermoso aspecto desde la montaña de Bulgurluen, al lado asiático, cerca de Escútari, desde que se domina el Mar de Marmara, con sus islas y costas como un mapa; o, si el paisaje ha de estar animado de hombres, qué cuadro no representaría el puente de barcos a través del "Cuerno de Oro", que todo el día está invadido por un torrente de vehículos, jinetes y peatones, en los vestidos más variados y abigarrados de Oriente y Occidente. También ofrecen un aspecto extraño los cementerios turcos, con sus lápidas y oscuros cipreses. Y si de la naturaleza nos volvemos de lleno a lo que han hecho los hombres, ¡cuántas ilustraciones para la Historia universal se encuentran en esta vieja ciudad! Allí está la "Hagia Sofía" (iglesia de Santa Sofía), construida en forma de cúpula, como San Francisco el Grande, en Madrid; edificado ya por el Emperador Justiniano, y que desde 1453 es una mezquita turca; allí quedan aún muchos kilómetros de la muralla gigantesca, escalada en el mismo año por los musulimes; allí queda aún un trecho de una pared de piedra, de una altura de 23 metros, interrumpida por arcos; parece un viaducto del ferrocarril, pero, en realidad, es un viaducto, por medio del cual el emperador Valente (+ 378) condujo el agua a la ciudad desde varias leguas de distancia. La edad moderna turca la vemos presentada por el antiguo Serrallo, palacio que fué de los Sultanes, por un mausoleo con los sarcófagos de algunos gobernantes y por muchas enormes mezquitas, pues pretendían superar la mezquita de Sofía, el edificio de los Infieles.

(Concluirá)

PRECIO DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3.00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4.50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.